

Exequias en los conventos novohispanos de religiosas carmelitas descalzas

María del Consuelo García Ponce
Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información,
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

Es interesante leer cómo los conventos novohispanos de monjas preparaban de manera especial las exequias de sus hermanas, tras cuyo fallecimiento se debían seguir las reglas establecidas en los entierros. Sin embargo, en los conventos no sólo se enterraba a las monjas, sino también a altos dignatarios, clérigos y otros adultos, además de niños, los cuales portaban el hábito de la orden. Los ritos y ceremonias sagradas fueron marcados por las constituciones establecidas con base en los decretos de la sede apostólica, la monarquía y el propio “definitorio” de la orden, y se debían observar con toda puntualidad bajo el mérito de la “santa obediencia”.

Palabras clave: exequias novohispanas, entierros novohispanos, entierros de monjas, monjas carmelitas, funerales, órdenes religiosas.

ABSTRACT

The convents in New Spain the nuns had to follow pre-established guidelines in preparing the funerary rites and burials of their sisters. However, convents were the burial place not only of nuns, but also of high dignitaries, priests, and other adults, not to mention children, who were dressed in the habit of the order. The rites and sacred ceremonies were marked by the constitutions based on decrees from the Apostolic See, the monarchy, and the *definitorio* (religious governing body) of the order and had to be meticulously observed to observe “holy obedience.”

Keywords: funeral rites in New Spain, burials in New Spain, burials of nuns, Carmelite nuns, funerals, religious orders.

Resulta interesante saber cómo se preparaban las exequias en los conventos de monjas durante la época novohispana. Cuando alguna de las hermanas moría, la comunidad religiosa debía seguir ciertas reglas establecidas para los entierros. Sin embargo, en los conventos no sólo se enterraba a las monjas, sino también a altos dignatarios, clérigos y seculares, además de niños que portaban el hábito de la orden. Los ritos y formalidades tenían un carácter sagrado durante estas ceremonias, establecidas por ciertos estatutos según los decretos de la sede apostólica, la monarquía y el propio defensorio de la orden, y se observaban con toda puntualidad por el mérito de la santa obediencia.

La siguiente investigación fue tomada en su mayoría del *Manual o procesionario de las religiosas carmelitas descalzas* –reimpreso en Buenos Aires–, cuyo original fue impreso por Joseph Doblado en Madrid, en 1775. Sin embargo, las fuentes donde se encuentran diversos datos y narraciones interesantes se hallan en diferentes libros y archivos. Se pueden citar el *Manual de la carmelita perfecta* de Silverio de Santa Teresa, *Reducción y decretos dispuestos por el P. general del Carmen de la antigua y regular observancia para las provincias de su cargo en estos reynos*, *Oración fúnebre en las solemnes exequias que celebró el mui religioso convento de carmelitas descalzas de la ciudad de Ezija*, *Ceremonial ordinario de carmelitas descalzos de Nuestra Señora del Carmen* y *Reforma de los descalzos de nuestra señora del Carmen de la primitiva observancia*. Estos y otros libros se pueden encontrar en los fondos antiguos.

En general, los manuales de las órdenes religiosas se organizaban en uno o varios libros donde se instauraron las normas para los conventos, los cuales eran renovados constantemente: una práctica similar a la de las instituciones civiles. La mayoría de estos manuales se imprimían para que llegaran a todos los conventos, a modo de garantizar el buen funcionamiento de las casas religiosas. Cada provincia se avenía a estas constituciones y las observaba con toda puntualidad, ya que eran impuestas bajo el rubro de la santa obediencia.

En los libros se indicaba con suma precisión cómo realizar las actividades cotidianas en la orden y se prevenía cualquier contingencia, como la muerte de las religiosas. La comunidad obedecía dando prioridad a la jerarquía y respetaba los mandatos establecidos, los ritos, costumbres y tradiciones de las religiosas y de la región donde habitaban. Por lo tanto, estos manuales no sólo resultan ilustrativos, sino también muy atractivos para conocer estas pequeñas sociedades que vivían en un espacio cerrado y presentaban características especiales.

Los enchiridiones marcaban con precisión cada momento de la vida ordinaria y de los cultos especiales, como Semana Santa, Navidad o Cuaresma, además de las formalidades, desde el recibimiento de altas dignidades, la toma de hábitos, la toma



(Izq.) *Manual o procesionario de las religiosas carmelitas descalzas* **Imagen** Google Books

(Der.) *Reducción y decretos dispuestos por el P. general del Carmen, de la antigua y regular observancia...* **Fotografía** Roderic

o renovación de votos y capítulos, hasta cómo actuar en caso de epidemias y funerales, etc. En estas normas se detallan las instrucciones exactas de procesiones, misas, oficios y bendiciones, entre otros menesteres.

En su preparación académica las monjas eran instruidas en latín y debían aprender una gran cantidad de oraciones y cantos específicos para cada momento especial. Así, se han hallado varias oraciones, música y otros impresos en hojas sueltas o en manuales que fueron usados con el objetivo de que las religiosas los memorizaran.

Muchos prontuarios morales regían en la comunidad y ahora son de gran ayuda para conocer de modo detallado lo relacionado con nuestro tema de la muerte en la vida conventual.

Para esta investigación sobre exequias novohispanas el interés consistía en comprender los rituales en los conventos novohispanos, por lo que se basó en el ejemplo de las carmelitas descalzas, ya que la vida conventual era muy parecida en ciertos aspectos en la mayoría de los conventos. Por medio de este manual es posible saber cómo las comunidades religiosas abordaban no sólo la muerte, sino también el protocolo, desde el proceso de la enfermedad. En el citado manual de las carmelitas descalzas se narra el protocolo a seguir cuando alguien moría, pero también se despliega en varios capítulos cómo abordaban el proceso desde que la monja estaba postrada

y la manera de administrarse los santos sacramentos, entre éstos los de la extremaunción. El manual conduce al lector a través de la vida conventual, señalando con precisión los caminos a seguir.

Así, se lee que en el momento en que una monja enfermaba de gravedad se debía disponer para que se le administraran los sagrados sacramentos de la confesión, comunión y extremaunción. La prefecta enviaba a una de las hermanas para que aseara el cuarto; luego ponía una mesa que serviría como ara, adornándola con sabanillas y manteles limpios, donde colocaba varios objetos: un crucifijo, los corporales e incluso la reliquia de algún santo; cuatro candeleros con velas de cera blanca, un purificador para los dedos del oficiante, una ampolla pequeña con agua y un vaso de vidrio sobre un plato con el que se darían las abluciones. También debían colocar un crucifijo pequeño para que el sacerdote lo ofreciera a la enferma, la cual tendría sobre el pecho una toalla limpia para cuando le fuera dada la sagrada comunión.

La descripción en el texto marca paso a paso, con exagerado detalle, lo que debían hacer tanto el sacerdote como las hermanas que participaban y la propia enferma. Por ejemplo, las hermanas tendrían listas las vestimentas del sacerdote, que constaban de roquete, estola, banda, alba, cíngulo, estola, muceta de color blanco y lo que pudiera usar en el proceso; también se indican desde genuflexiones hasta vueltas a la derecha o a la izquierda, si se debía caminar lento, rápido o marcando el movimiento; el toque de campanillas; lo que transportaría cada hermana según su rango y cargo —y era un honor ser portadora—. Los saludos y el proceder de los actos en general tenían un código de frases en latín que se iban respondiendo al sacerdote y donde incluso la inflexión de la voz era significativa.

Cuando la enferma se descubría en peligro de morir, de igual modo correspondía observar un estricto ritual de quehaceres y seguimientos facultados por la madre superiora, que autorizaba suministrar el sacramento de la extremaunción con sus respecti-



Ceremonial ordinario de carmelitas descalzas de Nuestra Señora del Carmen **Imagen** Google Books



Ataúd carmelita con la Virgen del Carmen portando el escapulario para ayudar a las ánimas del purgatorio

Fotografía Sacristiareal, Blogspot

vos salmos penitenciales, preces y oraciones destinadas para este desenlace. El manual marcaba el modo de ayudar a bien morir, recomendando el alma de la religiosa que agonizaba. Prevenían hasta que debía hacerse en el momento que el cuerpo expirara y cuál responso se diría de inmediato, quién o quiénes y en qué orden podían entrar en el cuarto, y cuál debía ser la conducta de las monjas que permanecieran en los pasillos.

El sacerdote, ahora vestido de morado, salía con los santos óleos de la sacristía, mientras que en el cuarto de la monja, en la mesa que servía de altar, se preparaba todo para el sacramento y la unción de los santos óleos. Se colocaba en la mesita un pocillo con seis algodoncillos para limpiar las partes que se ungían y migaja de pan con la que el sacerdote se limpiaría los dedos –después los metería en agua y se limpiaría con un lienzo limpio–. No debía faltar la candela. El manual recomienda al calce que el sacerdote procurara administrar el sacramento con la mayor limpieza, curiosidad y decencia posibles. Esta última recomendación se hacía en vista de que el sacerdote debía ungir ojos, oídos, nariz, palmas de las manos (en el exterior estaba reservado para los sacerdotes), boca y a veces los pies. Una recomendación más indicaba que convenía ungir asimismo los riñones.

De lo anterior se eximía muchas veces a las monjas y a algunos hombres en peligro que no lo podían recibir. Se prevenía que, en el caso de que faltara alguna de las partes del cuerpo, se ungiera la zona más cercana. En caso de que no se supiera si la enferma ya había muerto, se hacía *sub condicione*.

El resto de las monjas se juntaban en el coro de la iglesia, con las capas puestas, para presenciar la salida y llegada del sacerdote a la capilla; rezaban en coro los siete salmos penitenciales, las plegarias y súplicas, y a continuación la letanía, pero no la breve de recomendación del alma, sino la de rogaciones, todo esto en latín. De igual modo se recomendaba decirlo justo como lo marcaba el manual, sin variar ni mudar palabra alguna.

Si la monja no había muerto, algunas se quedaban en su cuarto, con el agua bendita y demás enseres; la priora señalaba para asistirle a una de las hermanas, la más prudente y caritativa.

Las monjas invitaban a la agonizante a realizar el acto de contrición: que la enferma perdonara a cualquier persona que la hubiera molestado u ofendido y pidiera perdón si ella lo hubiera cometido. Ellas la guiarían en el desecho de la vida eterna, ejercitando las virtudes, ayudándole en los oficios de piedad, y le propo-



Ataúd de un clérigo. En la parte inferior se observan los bonetes **Fotografía** Carmelitas inf.



Catafalco carmelita cubierto con capa ceremonial **Fotografía** Blog/Caot

nían ganar alguna indulgencia. La exhortaban a que implorara el divino socorro, rogando al santo ángel de la guarda y a todos los santos del cielo que la asistieran en la pelea del tremendo juicio y la ayudaran con diligencia a deshacer los lazos con que la antigua serpiente pretendía, en aquella hora, enredar las almas con diversos géneros de tentaciones.

Cuando la muerte estuviera cercana, se tañerían tablas o matracas, rezando el credo y otras oraciones, además de la letanía breve. Cuando la hermana expirara, se procedería al responso de difuntos, tocando, ahora sí, las campanas de metal. Siguiendo el ceremonial, se apagaban las velas blancas y se encendían velas amarillas. Si el sacerdote estaba presente, se ponía la estola negra para cantar el responso. Si no había clérigo, la priora llevaba a cabo tal acción.

Al final del acto el sacerdote salía de la clausura y las monjas procedían a preparar el cuerpo lavándole la cara, manos y pies, vistiéndola con el hábito de la orden y ciñéndola con la correa. Acto seguido le colocarían el escapulario, la capa blanca



Túmulo, Museo de las Artes de Toluca **Fotografía** MAT

y, en la cabeza, el velo. Los pies irían descalzos y las manos juntas en el pecho con el pequeño crucifijo. Terminado esto la colocarían en el féretro, llevándola con los pies hacia el frente.

En procesión, delante del ataúd, iría el crucifijo y las monjas con velas y las demás religiosas en dos coros con velas amarillas. Al llegar a la iglesia la caja se ponía en el coro con los pies hacia el altar mayor, y de igual modo se llevaría a cabo en la sepultura.

Entonces se cantaba la vigilia y se oficiaba la misa de cuerpo presente. En el momento del entierro se llamaba con la campanilla a los oficios; las monjas que llevaban los ciriales y la cruz al frente, formadas en procesión, iban en silencio con las velas amarilla; se rezaban las oraciones de difuntos, asperjando el cadáver en forma de cruz y poniendo el incienso en el turíbulo.

Los entierros en fechas determinadas, como Semana Santa, el Día de la Resurrección y en la Natividad, se debían hacer de manera especial y siempre con apego a los ritos. El manual prevé de forma extensa las diferentes situaciones y señala las oraciones fúnebres, según fuera religioso o religiosa, sacerdote, difunto o difunta, padre o madre.

El entierro de las monjas se hacía en los coros y, si por alguna razón no se podía, se les daba sepultura en los sótanos o atrios de la iglesia. Los manuales hablan también de la sepultura de sacerdotes y seglares dentro de los conventos y muestran los protocolos a seguir.

A los dignatarios se los llevaba a la capilla y los colocaban con la cabeza hacia el altar. Las monjas participaban con los responsos, oraciones y diferentes coros según el personaje del que se tratara: si era de alta jerarquía o muy importante en la Iglesia, se construía un templete o túmulo para representar las virtudes del notable. En la actualidad se han conservado pocos ejemplos de éstos debido a la fragilidad de sus materiales.

En el caso de los infantes, el cuerpo del pequeño difunto era objeto de una ceremonia especial. El sacerdote vestía una estola blanca y se presidía con una cruz sin astil, entre dos candeleros encendidos, también sin astiles. Se cantaban los responsos correspondientes por parte de cantores o las monjas del convento, y las campanas todo el tiempo tañían a fiesta. Podía haber misa de cuerpo presente y después el sacerdote lo acompañaría al lugar de sepultura, donde procedía al asperje y turifique. Los coros y oraciones venían previstas en el manual, así como la antífona.

En conclusión, se puede decir que en todos los conventos religiosos novohispanos los ritos y liturgias funerarias se dieron bajo estrictas reglas, constituciones e instruc-

ciones, impresas para que no se olvidaran y se siguieran al pie de la letra bajo estrecha vigilancia. La enfermedad y la muerte se convirtieron así en actos sociales donde participaba toda la comunidad religiosa. Tampoco hay que olvidar que la jerarquía dentro de las ceremonias correspondientes fue muy respetada.

La parafernalia novohispana llevó a cabo verdaderos escenarios de salvación donde el sacerdote, las monjas, los cantos, las velas y el incienso lograron un ambiente adecuado y muy particular en los actos protocolarios de difuntos y entierros.

Bibliografía

Ceremonial ordinario de carmelitas descalzos de Nuestra Señora del Carmen, Madrid, Imprenta Real, 1805.

Manual o Procesionario de las religiosas carmelitas descalzas, Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1835.

XIMENEZ, José Alberto, *Reducción y decretos dispuestos por el P. general del Carmen, de la antigua y regular observancia, para las provincias de su cargo en estos reynos, con la provisión auxiliatoria del real y supremo consejo de Castilla*, Madrid, Imprenta de Pedro Marín, 1772.